

ción enrouquecen los violines. Las crispaciones del concertino son a veces magia; pero ciertamente magia política. Lo eran las de Juan Bihari cuando compuso la *Marcha*, de Rakoczi, que alude a tantas cosas. Otros compositores tziganos han inscrito también sus reivindicaciones subversivas en el aire. En cuanto a mí, sé hasta dónde las cargas de Caballería son música irrefutable como las del huracán sobre la selva o sobre el piélago. Muchas madrugadas han de nacer aún, y más de una será de oro para Hungría. No me digáis que mi idioma y mi corazón son indomables y se retemblan en el disturbio. Somos así, y por algo los escritores de mi tiempo en el Danubio, ¿y dónde no?, traen facha de aves de las tormentas.

«Borrascosa, aunque con claros, es también la música tzigana, y se crispa a veces toda tremante. Es así, y no me avengo a que algunos preceptistas la pasen por sus filtros. Sólo siendo como es, temblaré todavía en los «verbunkoche», que son los aires con que se hacían las levas o los enganches de patriotas. Siempre los reclutadores han contado como elemento de persuasión con la música. El mundo es eterno retorno, y días vendrán de levas y de combates, y por eso no descalbalgo.»

Así nos habló Rakoczi, y nuestro silencio no osaba alterarse. Nos acordamos del libro en que Liszt exalta el genio órgico de los que llama bohemios. «La obra musical de ese pueblo—escribe—no se paga de tradición alguna ni ha sido registrada en anales. No se sabe de dónde viene ni a dónde va, ya que es como el pueblo errante que desligado de toda tierra particular se siente vinculado a la tierra infinita.» Este idioma es más turbulento aún que el del héroe, pero juega con enigmas y enciende estrellas fugaces en la noche de los tiempos. Kodaly, cuando concretaba todavía más allá: «El pueblo húngaro es la rama extrema del árbol milenario de la gran cultura musical eurasiática que hunde sus raíces en el alma de diversos pueblos diseminados entre China y el mar Negro». Sabemos ya que los cantos más genuinos de Hungría son anteriores a los tziganos, y las colecciones de Wikar, de Bela Bartok, de Kodaly y de Lajtha conservadas en cilindros registradores nos lo acreditan casi notarialmente. Pero preferimos después del diálogo con Rakoczi creer que el hechizo de la música tzigana nos llega arcanamente a través de las edades desde los turdanios de Arpad. «He querido hacer en mis rapsodias húngaras—confesó una noche Liszt—la epopeya del genio musical de los tziganos.»

Era entre San Juan y San Pedro, y acababa de llevar al Danubio el aliento tórrido del estío. Días eran, pues, de adormecerse y de soñar el sueño que es vida como Grillparcer, por oposición calderoniana enuncia en su comedia. Verano sobre el Danubio y miles y miles de bañistas en las termas y en las piscinas que un potente numen, el *genius loci imanta*. *Extra Hungaria non es vita, si es vita non es ita*. Allí, junto al Danubio, se sentía en bronce, en música y en agua viva de mil montanares la eternidad del ser de Europa. El hombre pasa, ciertamente; pero el Danubio, río bautismal de tantas ciudades, con su canal y su alvéolo adyacentes a los del Rhin, el Elba, el Oder, el Vístula, el Po y el Adige; el Danubio, río político, militar, literario y mercante, queda. Ese día de verano, en que oímos la voz de bronce de Rakoczi, había sobre los puentes relámpagos de estío y tronaba en *tempo rubato*. Danubio, río divino: en el bronce, en la música, en el agua, y los que tornó allí cientos de veces el que entre sus raudales nos sabíamos firmes.

